

««DR. CARLOS J. FINLAY»»

Ha querido el director de este centro escolar, compañero *Iván Cabrera*, que sea mi pobre palabra la que se deje escuchar en la noche de hoy en este santuario de la enseñanza, donde se acaba de constituir entre sus alumnos el primer «Círculo Finlaísta» para propagar la grandiosa obra y defender la gloria del gran sabio cubano *Carlos J. Finlay*.

Gracias por la distinción al más humilde de todos los finlaístas de Cuba.

Se ha afirmado que lo que un padre dice a sus hijos no lo oye el mundo, pero puede ser oído por la posteridad. En el caso de *Carlos J. Finlay* el biógrafo que pretenda desentrañar la formación del sabio y la culminación de su obra o el historiador que ha de trazar la trayectoria del descubrimiento científico de *Finlay*, no puede dejar de escuchar y recoger la voz paternal de *Eduardo Finlay* y de percibir el constante y bienhechor influjo de la mano que guió al niño desde la cuna y le dio medios, ejemplos, alientos y enseñanzas, hasta que el joven médico emprende, con paso firme, su marcha hacia el triunfo, hacia la gloria.

El padre de *Finlay* vino a América en pos de aventuras y en aras de la libertad de nuestros pueblos oprimidos. Se llamaba *Eduardo Finlay y Wilson*. La familia era inglesa y en ella se rendía culto al don máspreciado del hombre, la libertad.

Eduardo Finlay se impresionó profundamente ante la personalidad y los hechos de Simón *Bolívar*, aquel joven venezolano de ardoroso corazón, rico, mimado por la vida y la fortuna, y que un día, en el monte Aventino de Roma, jura sacrificarlo todo y no dar descanso a su brazo ni reposo a su alma hasta haber roto las cadenas que oprimían a su patria. En una de las expediciones que partieron de Inglaterra, para ayudar a *Bolívar* en su empresa libertadora, em-

barco hacia América *Eduardo Finlay*. Y es entonces cuando el destino entrecruza sus hilos misteriosos y desvía la trayectoria de la vida del futuro padre de *Carlos Juan*. Un naufragio lo arroja en la Isla de Trinidad. Ahora quedará retenido en el embrujo tropical del Mar Caribe, y pasará después a la «perla» de estas Antillas para dar a Cuba y el mundo la gloria de un hijo ilustre: *Carlos J. Finlay*.

El destino del padre de tal hijo no estaba en el paso portentoso de los Andes, con las huestes de *Bolívar*, ni en Boyacá ni en Carabobo. Su destino lo impulsaba hacia otra grande empresa: forjar y temprar el alma de su hijo y cuidar de la formación cultural que habrá de llevarle un día a la realización de otra gran campaña en el vasto campo de las ciencias médicas, para librar a la humanidad de terribles epidemias, libertarla del flagelo exterminador de la fiebre amarilla, que significaba también, en un orden económico, abrir a la colonización y explotación progresiva las riquezas de América. Esa fue la tarea y esa la verdadera empresa libertaria que trajo a nuestras tierras la expedición de *Finlay*.

En nuestra Isla, como en todas las naciones americanas en formación, el estado sanitario se encontraba en los más bajos niveles y, por consiguiente, se elevaban en proporción inversa las altas cifras de mortalidad.

En esta época es que llega *Eduardo Finlay* a la señorial ciudad de Puerto Príncipe, en 1831. Allí instala su hogar, con su esposa, *Elisa Barrés*, y su hijo *Eduardo*, y allí se dispone a ejercer su profesión médica.

Hay que anotar que la especialización científica del doctor *Eduardo Finlay* era la Oftalmología, pero el destino sigue trazando rumbos, y sedimentando la base de experimentación científica que habría de transmitirse al hijo y culminar en él, al realizar uno de los grandes descubrimientos de la medicina humana. Ese hijo fue *Carlos J. Finlay y Barrés*, que nació en Puerto Príncipe (hoy Camagüey) el día 3 de diciembre de 1833 y fue bautizado en la Iglesia Parroquial Mayor de aquella ciudad, el día 2 de enero de 1834. Ese 3 de diciembre que se honra cada año en Cuba como el Día del Médico y Día de la Medicina Americana es de alta significación en los anales de nuestra Historia y también en la Historia del Mundo, porque ese día nació el sabio que habría de darle vigoroso impulso a la

medicina con su descubrimiento y salvar muchas vidas humanas, al par que abría canales de expansión y progreso a la economía americana.

El niño *Finlay* tuvo como maestra de sus estudios primarios a su tía *Anne Finlay*, que ejerció el magisterio en Edimburgo, pero la ambición paternal, a pesar de ser inglés, era que sus hijos moldearan sus mentes en Francia, y al cumplir la edad preparan el viaje a Europa, pero la agitación existente en la tierra gala los desvía para Alemania.

De su estancia en el colegio de Maguncia, *Carlos Juan Finlay* recuerda anécdotas interesantes, entre ellas los ejercicios físicos a que eran sometidos los alumnos del plantel que utilizando la ubicación de la escuela sobre el río Rhin, se ofrecían lecciones de natación a los estudiantes.

«Los alumnos —relataba— eran conducidos en una balsa hasta el medio del río, se les amarraba una cuerda alrededor de la cintura y eran lanzados al agua para que batallasen por sí solos, resultando de semejantes entrenamientos para todos los alumnos, la adquisición de un saludable dominio de la natación, que me convirtió por toda la vida en un apasionado de tan recio como tonificante ejercicio».

He ahí un símbolo del sistema educacional teutón: el hombre en formación tiene que luchar con el medio con sus propias fuerzas y desarrollarlas al máximo posible. El mayor vigor físico y mental y la mejor aptitud, le capacitarán ampliamente para la lucha por la vida.

Al regresar a Cuba el joven *Finlay* marcó su vocación: sería médico. Seguiría la tradición familiar. El apellido de *Finlay* continuaría en la noble misión de aliviar el dolor. En este caso en escala universal.

Pero al tratar de ingresar en la Universidad de La Habana, las autoridades docentes de la Colonia no le convalidan sus estudios en Europa.

El joven *Finlay* vio frustrado el inicio de sus estudios de medicina en su propia patria. Pero el doctor *Eduardo Finlay*, hombre de carácter, que no se amilanaba ante los obstáculos decide el viaje a los Estados Unidos a fin de que curse sus estudios médicos en el Jefferson Medical College de Filadelfia.

En Penssylvania, *Carlos J. Finlay* se entregaba por completo a los estudios. Su vocación lo lleva a dedicar por entero las horas del día a las clases y a experimentos en los laboratorios de la Universidad, y durante la noche a repasar los gruesos libros y las notas

tomadas durante las explicaciones de los profesores, los numerosos asuntos que comprenden las esenciales materias de su carrera.

Mil preguntas se amotinaban en su mente todas las noches, cuando en la soledad de su aposento estudiaba y estudiaba. Tantas cosas quería desentrañar, que muchas veces el sueño le rendía con el libro entre las manos.

Fue *Carlos J. Finlay* un buen estudiante. Tenía un gran expediente en la Universidad. Los catedráticos lo estimaban. Era laborioso en grado extremo.

Carlos J. Finlay se gradúa de médico en el Jefferson Medical College de Filadelfia en los Estados Unidos, en el año 1855 y como es natural el joven médico estaba ansioso de retornar a la patria, de abrazar a sus padres de presentarle el diploma de médico, de decirle al viejo progenitor con todo entusiasmo:

—Tu hijo seguirá la tradición de los *Finlay*. He aquí un nuevo médico para continuar la obra iniciada por ti de ser útil a la Humanidad doliente.

Entonces interviene el profesor *Sila Weir Mitchell*, tratando de conquistar al joven médico, en quien observa grandes posibilidades por su dotes de investigador y su amor a los experimentos científicos, para que permanezca en los Estados Unidos, para que continúe trabajando en la nación americana, basándose en su espíritu generoso y noble, dadas las grandes oportunidades que en todos los órdenes podría obtener un médico de la calidad del doctor *Carlos J. Finlay* en aquel país, en vez de encerrarse en Cuba, donde el ambiente era totalmente hostil, donde la vida científica era muy reducida, donde la perspectiva económica era muy limitada.

El doctor *Juan Guiteras* cuenta que el propio doctor *Sila Weir Mitchell*, en carta que le escribiera muchos años después, cuando ya el nombre de *Finlay* por virtud de su gran descubrimiento científico recorría el mundo, le decía: «por fortuna el doctor *Finlay* no siguió mi consejo de quedarse en los Estados Unidos».

El doctor *Carlos J. Finlay* fue un predestinado. Fue uno de esos hombres que vienen con el sino de la obra a realizar. De los que tienen que cumplir una misión en la tierra y pese a todos los obstáculos a todos los sufrimientos, a todas las inconsecuencias, a todas las ignorancias, a todas las amenazas inclusive, tiene que realizarla.

Y *Finlay* la realizó a plenitud, pese al valladar que el hombre opone al triunfo del hombre.

Tuvo la iluminación de una verdad. Le fue negada por todos, excepto uno que con la fidelidad de compañero ejemplar, fue el único que creyó en él, que le dio alientos y estímulos en su labor y

fue la única voz que escuchaba en aquel mar de desconcierto y escepticismo. Este hombre de excepción fue el gran médico español doctor *Claudio Delgado*, cuyo nombre irá siempre unido a la gloria de *Finlay*.

Era *Carlos J. Finlay* un hombre abstemio. No tenía más vicios que el tabaco, gustaba fumar cigarrillos y fumaba extraordinariamente. Durante sus horas de trabajo, de estudios, de investigaciones, de experimentos, tenía que estar fumando; devoraba un cigarrillo tras otro.

Era impecable en el vestir. Cuidaba con escurpulosidad su aspecto exterior y mantenía el uso de la ropa clásica de los médicos de la época, siguiendo todas las tradiciones heredadas de su padre, que siempre se comportaba con toda la elegancia del inglés.

La trayectoria de la vida de *Finlay* tenía un sino: la lucha, vencer obstáculos, tenía que realizar grandes esfuerzos contra el medio, contra los hombres, contra la incompreensión, para triunfar a la larga, pero a costa de grandes esfuerzos, de cruentas angustias y de hondas vicisitudes.

Fue suspendido en el examen de reválida de su título en la Escuela de Medicina de la Universidad de La Habana y tuvo que esperar el tiempo reglamentario para volver a presentarse y poder ejercer su profesión en su patria. Aspira a Socio Supernumerario de la Academia de Ciencias, y ve frustrado su primer intento. Reitera su solicitud para Socio Corresponsal y las conclusiones de la comisión fueron desfavorables y aunque en el transcurso del debate tuvo sus partidarios, pasó de nuevo a un ponente, que jamás rindió su informe.

En el año 1860 se observa una creciente preocupación ante el aumento de la fiebre amarilla. No se lograba saber cómo se inoculaba y cómo era contagiosa. He ahí el enigma. Todos trataban de llegar a una conclusión, pero sin éxito positivo. Tanto en Cuba como en los Estados Unidos y en otros países de Europa, se laboró intensamente para el mejor planteamiento y solución del problema. En las propias discusiones de la Academia de Ciencias se presentaban numerosos trabajos, se hacían múltiples hipótesis acerca de la fiebre amarilla, sin llegar a conclusiones concretas y positivas. Entre tanto el «vómito negro» continuaba su trayectoria fatídica, sembrando la desolación y la muerte.

Cree al principio que la transmisión del mal está en la atmósfera. Así lo apunta en sus trabajos iniciales sobre las investigaciones de la fiebre amarilla, predominando en él esa creencia sostenida por los médicos de la época hasta que en el año de 1879 llegó a|

La Habana, la primera Comisión Americana para estudiar y dictaminar las causas de la fiebre amarilla, siendo designado *Finlay* por sus estudios en la materia, para que asesore a dicha Comisión.

Nada logró esta Comisión pero con el contacto tenido, *Finlay* desvió el curso de sus investigaciones, abandonando su creencia de la contagiosidad atmosférica.

En 1881 se convoca la Conferencia Sanitaria Internacional en Washington y el Gobierno designó al doctor *Finlay* con los doctores *Cervantes* y *Amado* para que representara a Cuba y Puerto Rico.

En esta oportunidad ofreció el médico cubano las primicias de su descubrimiento, al anunciar la presencia de un agente intermediario del enfermo y la enfermedad, pero no citó el mosquito y por tanto nadie le dio crédito a sus manifestaciones.

Dijo después *Finlay*: «No cité el mosquito, pues estaba realizando investigaciones y las efectué después de la Conferencia».

He ahí la enorme importancia precursora de la técnica investigadora y del genio de *Finlay*, trazando un camino de luz que los demás médicos no acertaban ni siquiera a entrever. Ni aun otro genio esplendoroso, *Pasteur*, en Francia, había podido arrancarle su secreto a la terrible epidemia de fiebre amarilla.

En efecto cuando la teoría microbiana de *Pasteur* se estaba abriendo paso a brazo partido, *Finlay* en Cuba levantaba la teoría de su grande, laborioso y genial descubrimiento de igual base científica. Estos penosos trabajos de investigación estaban dirigidos a un solo fin humanitario: descubrir las causas de la fiebre amarilla impulsado por el noble afán de evitar la enorme mortandad que provocaba.

Y llegó el día 14 de agosto del año 1881. Ya el doctor *Carlos J. Finlay* tenía redactado su trabajo, el gran estudio, su obra magna sobre el sensacional descubrimiento acerca del mosquito como agente transmisor de la fiebre amarilla. Ya había confirmado toda su teoría.

Hablando del mosquito afirma que históricamente es uno de los insectos más antiguamente observados y recuerda que *Aristóteles* y *Plinio* hacen referencia a sus trampas, que sirven a la vez para horadar la piel y chupar la sangre y así continúa haciendo referencias de carácter histórico y cita a *Bernal Díaz del Castillo*, *Juan de Oríjaiva*, así como numerosas historias de la antigüedad.

Hace una pausa *Finlay* y nota que el auditorio escucha con diversa atención; unos académicos con pleno interés, otro con un poco de escepticismo; los más, deseosos de que acabe de explicar las bases de su teoría y abandone todo alarde de erudición expo-

sitiva, para entrar pronto en la materia fundamental y continúa su lectura.

En otro párrafo, dice *Finlay*: «Sabido es que sólo la hembra del mosquito es la que pica y chupa la sangre, mientras que el macho se sustenta con jugos vegetales, principalmente los dulces, pero hasta ahora no he visto señalado en los autores que han escrito sobre el asunto la circunstancia de que tampoco la hembra pica antes de ser fecundada por el macho».

Pide perdón el doctor *Finlay* por la mucha extensión de su trabajo sobre el mosquito, pero dice que era necesario para llegar a la conclusión de que el mosquito es el agente de transmisión de la fiebre amarilla.

Un silencio profundo y solemne acogió las últimas frases del trabajo del doctor *Finlay* en esta memorable sesión de la Academia de Ciencias de la Habana. Nadie pidió la palabra para rebatir los puntos expuestos sobre la teoría del mosquito como agente de transmisión de la fiebre amarilla. Ni una sola pregunta, ni una aclaración a algunas de las partes de la exposición hecha. Nada. El más desconcertante de los silencios. Nadie parecía estar de acuerdo con lo expuesto por el doctor *Finlay*. Gravitaba denso el silencio como una muda desaprobación.

El presidente de la sesión, doctor *Ambrosio González del Valle*, pregunta si alguno de los señores académicos desea hacer uso de la palabra. Sigue la pausa hostil. Sólo una voz rompe la frialdad ambiental que reinaba en aquel salón. Fue la voz del doctor Antonio Mestre, Secretario General de la Academia, que pide la palabra: «Yo propongo que el trabajo del doctor *Finlay* quede sobre la mesa, a disposición de los señores académicos que quisieran examinarlo con todo detenimiento y hacer las observaciones que les sugiere su estudio».

El presidente vuelve a pasar su vista por todos los académicos en espera de alguna reacción. Nada, el mismo silencio glacial. Entonces dice:

-Aprobado. Y no habiendo otra cosa de que tratar, se da por terminado el acto.

Y así terminó la sesión del 14 de agosto de 1881, en que el doctor *Carlos J. Finlay* presentó ante la Academia de Ciencias su gran descubrimiento, en el que nadie creyó, y que todos recibieron con absoluto escepticismo, con franca duda y el que estimaron de absurda base científica, pero sin que nadie osara rebatir su teoría.

Y *Finlay* abandonó el recinto académico con una gran pesadumbre hija de la decepción. Sólo la flema inglesa que había heredado de sus mayores le permitió afrontar con serenidad los comentarios de post-sesión de sus compañeros de Academia. Pero con toda su cortesía, refutó algunos conceptos y rechazó algunas frases de tono humorístico y sarcástico que se pronunciaron.

Y solo, triste y abatido regresó a su casa, él que con tanto entusiasmo y con tanta fe salió para la Academia creyendo llevar una gran obra y hacer una gran contribución a la ciencia y un gran servicio a la humanidad, y a nadie pudo convencer, nadie le hizo caso, nadie creyó en sus afirmaciones, ni en sus experimentos, ni en nada.

Su buena esposa lo ve llegar, y al notar en su rostro el desaliento, lo acoge con entusiasmo, le da ánimo; lo conforta con el cariño de la compañera y la admiración de la mujer. Le recuerda tantos antecedentes históricos de los hombres de genio combatidos sin tregua hasta que al fin triunfa la verdad y el bien. El doctor *Finlay* sonríe, pero surten efectos las palabras de su mujer. Ella ejerce una influencia extraordinaria en él, vuelve a sonreír, y trata de dominarse exteriormente aunque en su yo interno está destrozado.

Relata a su buena compañera todo lo que pasó en la Academia.

—Nadie me rebatió; pero sin pronunciar una sola palabra todos negaron mi teoría. . .

No creyeron la certeza de mis razonamientos, ni la verdad de las investigaciones ni los experimentos comprobatorios que he realizado.

-Pero no rechazaron la Memoria. No dijeron nada en contra de ella -dice la esposa de *Finlay* para buscar un pretexto de aliento al espíritu decaído de su esposo.

— Nadie habló en contra —dijo *Finlay*— es verdad. Pero lo hubiera preferido. Hubiera deseado que refutaran cada concepto, punto por punto, para discutir, hablar y convencerlos a que me convencieran a mí. . . Pero ese silencio, ese complot del silencio, esa conjura para no considerar, ni discutir siquiera, ni una sola pregunta indagatoria. Nada, silencio y silencio, y después, fuera del salón, la frase hiriente y mordaz, no la oposición digna y honrada del adversario leal.

Mientras *Finlay* continuaba sus trabajos de investigación, los cubanos luchaban incesantemente por la independencia patria. La Guerra de Independencia de 1895 iba a poner fin a la dominación española en Cuba. Ya hacía unos cuantos años que el capital norteamericano había hecho grandes inversiones en tierra cubana

tanto en la industria azucarera como en la tabacalera, así como en la explotación del subsuelo, especialmente en las minas de hierro, manganeso y cromo. Ya por esa época, que comprende el año 1895, como dice el distinguido historiador *Fernando Portuondo*, «las inversiones norteamericanas en Cuba ascendían a cincuenta millones de pesos, según datos del gobierno de los Estados Unidos».

La actividad de los cubanos contra el régimen colonial, tanto los que luchaban en los campos de la Revolución como en la Emigración, alentados por las figuras extraordinarias de *José Martí*, *Antonio Maceo*, *Máximo Gómez*, *Calixto García* y otros adalides de la causa de la independencia; así como la gran propaganda que se realizaba en todo el continente americano por la libertad de Cuba crearon el ambiente favorable a la causa cubana en toda la población norteamericana.

La última colonia de la conquista española tenía derecho a regir sus propios destinos.

Una noche -el 15 de febrero de 1898- se sintió en la ciudad de La Habana una estruendosa explosión. Todos creyeron que había estallado uno de los polvorines de la fortaleza de La Cabaña, y hacia ese lugar dirigieron todas las investigaciones. Pero la explosión ocurrió en el puerto, en el acorazado de la armada americana «Maine», surto en ese lugar.

Fue el inicio de la guerra hispano-cubana-americana y el impulso final para culminar la gran gesta libertadora de los cubanos, en la Declaración Conjunta: la isla de Cuba es y de derecho debe ser, libre e independiente.

El doctor *Carlos J. Finlay*, sin ser un activo militante en las actividades revolucionarias, pues más que hombre de acción era hombre de gabinete, de ciencias y de laboratorio, dedicado por entero a los trabajos experimentales de la fiebre amarilla, también tuvo su participación en la gran epopeya revolucionaria, aunque en la forma indirecta que le era factible. Toda su simpatía estaba por la justa causa de su patria. Aunque mantenía relaciones con los funcionarios del gobierno colonial —relaciones puramente de orden científico— ya que le prestaron y le dieron facilidades para la comprobación de su teoría que todos negaban y combatían, no dejaba de contribuir a la causa cubana, y en más de un viaje a tierras norteamericanas estuvo en contacto con los elementos revolucionarios que laboraban desde la emigración.

Al declararse el estado de guerra entre los Estados Unidos y España, el doctor *Carlos J. Finlay* se encontraba en Tampa, como es natural, en contacto con la colonia cubana y los elementos que desde allí laboraban por la Independencia. *Finlay* también gozó

de estos entusiasmos. Y sin hablar con nadie y sin tener en cuenta que tenía 65 años de edad, se ofreció inmediatamente a su antiguo amigo el doctor George M. *Sternberg*, que era en aquellos momentos Cirujano General de los Estados Unidos, para incorporarse a las fuerzas que venían para Cuba. Este le responde:

-La patria necesita de sus servicios en el Laboratorio, no en el campo de batalla.

Pero *Finlay* insistió:

-Quiero servir a Cuba en estos momentos. Puedo ser útil en el campo de batalla, junto a los soldados que van a la conquista/ de la libertad de la patria, atendiendo en el hospital de sangre, procurándoles mejor estado sanitario en sus campamentos.

Y el general *Sternberg* sonrió. No podía negarse a la solicitud de *Finlay* y ordenó que se incorporara a la Sanidad Militar del Ejército Expedicionario Norteamericano que marcharía para Cuba.

Ya alistado, se le nombró cirujano-ayudante, el día 22 de julio de 1898 y fue destinado en los Servicios de Sanidad Militar de las fuerzas de Santiago de Cuba.

Las tropas a que pertenecía *Finlay*, llegaron a la capital de Oriente poco después de la rendición de la plaza, pero no por ello dejó él de prestar servicios, encargándose de la atención de los numerosos soldados enfermos de fiebre amarilla y paludismo que habían sido recluidos en los hospitales de campaña, que se improvisaban en las afueras de la ciudad.

El Gobierno Interventor Norteamericano al ocupar la Isla de Cuba tuvo honda preocupación con su mal estado sanitario y en especial con las frecuentes epidemias de fiebre amarilla.

Ya estaba en Cuba, actuando como jefe de la sanidad el Mayor *Corgas*, quien realizaba una intensa labor de saneamiento general en toda la ciudad, para mejorar el estado de higiene de la misma y ver si así lograba librarla del azote de la fiebre amarilla, cosa que no consiguió. Es más, aumentaban los casos, y hacía sus víctimas hasta en los propios médicos miembros del Cuerpo de Sanidad del Ejército Norteamericano.

La fiebre amarilla seguía su trayectoria de muerte y desolación, pero las autoridades americanas se negaban a aceptar el descubrimiento finalista y navegaban en un mar de confusiones y de ahí el nombramiento de la última comisión americana que presidió *Walter Reed*.

Esta nueva comisión americana de fiebre amarilla, designada por el ejército de los Estados Unidos, había de ser la que alcanzara la gloria de comprobar en todas sus partes la teoría finalista. Fue el organismo oficial que comprobó la certeza de un descubrimiento

que el sabio cubano presentara a la luz pública en el año de 1881, en la Conferencia Internacional Sanitaria de Washington y explicada más claramente en la Academia de Ciencias de La Habana, en el propio año, confirmada plenamente por los múltiples experimentos realizados.

Pero el fracaso de la comisión americana fue rotundo. Tenían que retirarse sin haber logrado nada. Sólo un camino les quedaba; acudir a *Finlay*, y el sabio médico los recibió y les explicó todo lo; relativo a sus experimentos, facilitándole documentos, análisis, experiencias realizadas, tablas estadísticas y logros obtenidos. También *Finlay* les entregaba huevos del mosquito transmisor de la fiebre amarilla, que con cuyas larvas desarrolladas se podía realizar la comprobación.

La comisión inició sus trabajos para comprobar el descubrimiento de *Finlay*, pero el doctor Reed, embarcó para los Estados Unidos, dejando la labor al resto de los comisionados. Durante su ausencia se enfermó de fiebre amarilla uno de los miembros de la Comisión, que por suerte fue un ataque benigno y después otro miembro de la Comisión, el doctor *Lazear*, quiso comprobar en sí mismo el descubrimiento finlaísta y se dejó inocular por el mosquito contaminado, muriendo poco después como mártir de la ciencia.

¿Qué más esperaban los comisionados para dar su informe comprobatorio si en sus propios miembros tuvieron la mejor prueba? Sin embargo el doctor Reed, que estaba en Washington, regresa de inmediato y quiere comprobar él, lo ya comprobado.

Confirmado plenamente el descubrimiento de *Finlay* el doctor Reed, rinde su informe afirmando: «El mosquito sirve de huésped intermediario para el parásito de la fiebre amarilla y es muy probable que la enfermedad sólo se propague por la picada de este insecto».

Como se ve confirma el descubrimiento de *Finlay*.

En esta nota preliminar menciona el doctor Reed al doctor *Carlos J. Finlay*, aunque de una manera muy somera y bastante tibia, solamente lo relaciona en los siguientes términos: «Deseamos expresar nuestras más sinceras gracias al doctor *Finlay* por la cortés entrevista que nos concedió y puso a nuestra disposición sus diversas publicaciones sobre la fiebre amarilla durante los últimos diecinueve años y también los huevos de la variedad de mosquitos con los cuales había hecho sus diversas inoculaciones».

Como se ve, la mención del doctor *Carlos J. Finlay*, en este primer informe oficial del comandante Reed a nombre de la Comisión

Militar Americana, no puede ser más somero, más pobre, más frío, más descortés, menos justo y de intención poco menos que discriminatoria con quien le constaba que desde el año de 1881 había sido el descubridor y mantenedor, a brazo partido, de la teoría de la transmisión de la fiebre amarilla por el mosquito, sin que nadie le hiciera caso, empezando por el propio *Reed*.

Triste destino el del Dr. *Finlay*. Esperar diecinueve años para que al fin se compruebe de una manera oficial su teoría, sus experimentos, sus investigaciones, todo lo afirmado por él durante ese tiempo, para que ahora en un informe oficial se le diga sencilla y llanamente «se agradece la cooperación. ...»

El sino del doctor *Finlay* era la lucha. Y tenía que seguir luchando a pesar de su edad, para que se le reconociera la gloria de su obra; y que ahora, los mismos que lo negaron, los mismos que jamás creyeron en su teoría y en sus estudios, quisieran arrebatarse el triunfo, la satisfacción de ver, al fin, admitida, proclamada y reconocida universalmente la labor ejemplar de toda una vida dedicada a la ciencia y al servicio de la humanidad.

Gracias al descubrimiento finlaísta se erradicó la fiebre amarilla de Cuba y demás países del continente convirtiéndose a nuestro sabio en Benefactor de la Humanidad.

Finlay al constituirse la República fue designado Jefe de la Sanidad y organizó con su talento y visión de sanitario los servicios de la naciente República de Cuba, dotándola del primer Código Sanitario Cubano.

Los americanos no han cesado en su labor de falsear la historia, atribuyéndole la conquista de la fiebre amarilla a *Walter Reed*, que fue el comprobador solamente, campaña que a pesar de los años sigue manteniendo una viva polémica permanente por la obra y la gloria de *Finlay*.

Ya los años habían llenado de nieve los cabellos y las barbas patriarcales del médico sabio. En sus ojos claros y transparentes, como el alma de los justos, se reflejaba la serenidad de los limpios de corazón, pero también el cansancio de los que han rendido la larga jornada de toda una vida de luchas y de esfuerzos tesoneros y fecundos. Ahora descansa en la cumbre de su obra, como la más alta hoja del frondoso árbol de la ciencia médica cubana que ya ha dado sus frutos eternos y que espera los vientos de otoño que han de arrancarla para llevarla a la inmortalidad.

Nada le fue fácil a *Finlay* en su lucha con el medio. Como en su primera experiencia infantil, en Maguncia, cuando sus condiscípulos

le arrojaban al río atado de una cuerda para que bregara contra la corriente, así tuvo siempre que luchar contra las impetuosas fuerzas que se opusieron a su voluntad de avanzar siempre, a pesar de todos los obstáculos para erradicar de la tierra el dolor, la enfermedad o la muerte, producidos por uno de los más siniestros azotes de la humanidad. Su sino era ese, luchar, ser discutido y triunfar. Ahora mismo, al cabo de los cincuenta años de su muerte, aún hay textos, aún hay enciclopedias, hay libros y hay científicos que todavía lo niegan.

Ya ha abandonado el trabajo activo en la sanidad cubana. Su cuerpo de esforzado gladiador de la ciencia, necesitaba reposo. Ya era sonada la hora de que se refugiase en su hogar, en el amor de su buena esposa y ejemplar compañera, en el cariño de sus hijos, en la alegría de sus nietos, para que viviera tranquilo y feliz los últimos años de su preclara existencia.

Ya *Finlay* estaba en sus años finales. En el reloj de arena de la vida del gran médico cubano cayó el último grano a las 82 años. Y murió el 20 de agosto de 1915.

Finlay fue un hombre que quiso ser útil a la ciencia y a los hombres y puso en juego toda su voluntad férrea, su talento y su cultura para librar a los pueblos del azote mortífero, del flagelo implacable de la fiebre amarilla.

Por eso el nombre de *Carlos J. Finlay* tiene honda significación en todo el continente americano, al que libró, con el gran descubrimiento de ese germen que en alas de pequeño pero siniestro vehículo, era llevado e inoculado al sano con mortal celeridad.

Pero es más, su obra no es americanista solamente. Su teoría beneficia a toda la humanidad. Su visión fue más allá de los límites de un continente. .. Corresponde al mundo. Su obra es universal.



Figura 15. *Los dos primeros tomos de las Obras Completas de Carlos J. Finlay recopiladas y ordenadas por César Rodríguez Expósito*